

Moral y forma de vida

Juan DEL AGUA

"Se trata de plantear los problemas de la moral". Con estas palabras comienza el último libro de Julián Marías, *Tratado de lo mejor. La moral y las formas de la vida* (Alianza Editorial. Madrid, 1995). Viene después de más de medio siglo de reflexión filosófica sobre los conceptos fundamentales de la metafísica, el de la persona humana y de Dios. Los libros que se escriben —y más si son de pensamiento— van emergiendo de la necesidad interna del desarrollo de la propia reflexión y, naturalmente, de las circunstancias concretas en que al autor le ha tocado vivir. En este caso, el planteamiento de las cuestiones morales, tan urgente durante todo este siglo, no podía hacerse con la radicalidad debida sin haber resuelto previamente innumerables problemas concierne al concepto de persona humana, ya que lo que se ventila es saber si, la inmemorial ocupación acerca de la moral es algo que continua siendo necesario, o si, por el contrario, carece de todo sentido preguntarse por los problemas de la moralidad.

En esta, como en todas las demás cuestiones que tienen que ver con la verdad, el punto de partida de toda reflexión que no sea una mera apariencia de lo que su nombre significa, tiene que la realidad y la más escrupulosa fidelidad a sus elementos y condiciones o requisitos. "La fidelidad a lo real tiene que ser la primera exigencia". Lo cual no es tan fácil. Para ser fiel a algo hay que saber antes qué es, lo cual no es tan obvio como parece. Tenemos muchas cosas delante que no vemos o ignoramos lo que son, ya sea porque somos incapaces de fijar nuestra atención en ellas, o no sabemos interpretarlas. Conocer las cosas requiere muchos saberes y destrezas que es preciso adquirir con gran esfuerzo. La cultura —y el cultivo de todas las facultades— son, pues, necesarios para llegar a aprehender la realidad, más precisamente, llegar a saber a qué atenerse respecto a ella. Todos estos significados están sosteniendo el sentido de la frase de Marías de "ser fiel a la realidad": no hacer, ni hacerse, trampas.

Tratado de lo mejor es, por tanto, un libro acerca de la moral que se apoya y fundamenta en el *contexto* de la reflexión anterior expuesta a lo largo de más de cincuenta libros. Como exposición teórica, esta última obra es autónoma, quiero decir que está justificada explícitamente, pero para apropiarse de su sentido más hondo el lector deberá tener en cuenta el espesor teórico sobre el que se asienta, si quiere evitar el juicio

superficial y perentorio sobre un libro tan a contracorriente de las ideas –o pseudoideas– dominantes en nuestros días.

Lo primero con que nos topamos al tratar de la moral es con una pretensión universal de ella, y una abigarrada pluralidad de formas de la vida. Por un lado, uno de los ingredientes esenciales de la estructura empírica; por otro, su patentización concreta multiforme. ¿Cómo compaginar ambos elementos? La circunstancialidad intrínseca de la vida humana explicaría lo segundo; la *condición* misma de la vida, lo primero. La espontaneidad de la vida está regulada por *normas* que "le dan su realidad concreta y su sentido". La espontaneidad no es, pues, una pulsión o una reacción instantánea y "programada" al medio, sino que es *cultivada*: razonada, experimentada, justificada; es un acto de libertad, no una reacción instintiva, que está presidido por una finalidad. Las costumbres, los usos sociales son las formas concretas de las nociones o normas morales. "Lo que se hace se interpreta a la luz de lo que se debe hacer"; y los fines concretos que se pretenden alcanzar implican una referencia al *bien*, a lo que otorga el último y perdurable sentido a lo realizado. El Bien –con mayúscula–, el Bien supremo o Dios es el plano constitutivo de la perspectiva moral. Cuando este falta, o el que se supone tal no lo es, la perspectiva moral queda distorsionada o dislocada. El *bien* es aquello a que todas las cosas tienden. La norma o ley o la regla es el cauce o camino que lleva a los actos a su plena significación, consiste en la razón o justificación de lo hecho, gracias a la cual *son*.

Cuando la norma carece de suficiente radicalidad y, por tanto, de justificación, o se introduce en un plano de la realidad que no es el que le corresponde, en vez de cauce se convierte en obstáculo. La justificación al carecer de suficiente razón se transforma en "opinión" y la multiplicación de "opiniones" disonantes o discordantes en fuente de escepticismo y de desorientación. Pero el escepticismo se mueve todavía dentro del ámbito de la moralidad, si bien no suficiente. Otra cosa es la negación del sentido mismo de la moral, del "todo está permitido", ya que esto afecta a la racionalidad de la raíz misma de la vida, a su sentido intrínseco. Este nihilismo lleva a la muerte; la moral, aún "disonante", permite vivir, ya que, como veremos, la moralidad es la fuerza que configura la vida, que crea las formas en las que emerge al ser.

Pero si el plano de la finalidad última o del Bien es el que configura la perspectiva moral, el punto de partida de su constitución es *la vida misma*. La vida misma y no los "principios" de la moral que cada cual tiene que interpretar, hacer suyos, integrarlos en su vida. La exigencia de la moralidad emerge del sujeto de la moral, es decir, es una condición de la *persona* humana. Ahora bien, la persona no es un autómatas, sino alguien que elige y justifica lo que quiere hacer y ser. "*Vivir es preferir*", ejercer constantemente la libertad. Incluso en el caso de las vigencias sociales más fuertes, cada cual tiene que aceptarlas, o resistirse a ellas o rechazarlas". Nada que sea humano puede ser ejecutado sin un acto previo de apropiación o justificación. Todo acto

social está inmerso en un ámbito de sentido y requiere, por tanto, la participación personal que resulta ineludible. Gracias a lo cual, por otro lado, las vigencias se ponen a prueba y se revitalizan, o se muestra su improcedencia por lo que comienzan a declinar y son sustituidas por otras.

Los actos sociales impuestos por las vigencias más fuertes requieren, pues, nuestro asentimiento, son también actos de libertad, libremente elegidos. Pero también lo son, subraya agudamente Marías, las posibilidades dentro de las que se ejercerá nuestra elección. Las posibilidades no están simplemente "dadas", en plena disponibilidad. Es "la imaginación [la que] presenta una pluralidad de posibilidades entre las que hay que elegir". Todo en la vida es fruto de la invención, del esfuerzo, de la responsabilidad. La elección es el momento del ejercicio de la libertad y de la constitución plena de la moralidad: la justificación de actos. Cuando esto no se da el acto es arbitrario o frívolo. Soy el responsable de ello, pero no emanan de *mí*, sino de mi abandono y su misión al azar o al torbellino caótico de la circunstancia. Soy actor de mi frivolidad y abandono, pero no *autor* ni dueño de *mí* mismo. Precisamente, es la conciencia de autoría el que descubre el horizonte de libertad que constituye a la vida, su gravedad y su peso. Las acciones justificadas, libres, se encadenan en "un conjunto argumental" que es la trama racional de la vida. "La vida no puede existir más que como argumento que se puede contar y antes como proyecto que la hace posible, como anticipación de sí misma". Sobre el argumento y el proyecto versa la calificación moral, la cual viene a ser la "luz" de la racionalidad, la que confiere inteligibilidad y cualidad a los actos que constituyen la vida.

La moralidad se refiere, por consiguiente, al conjunto de los actos y de las posibilidades, previamente exploradas por la imaginación, como ya he recordado que, configuran el argumento de la vida y el proyecto previo. Pasado y futuro se coimplican y reobran el uno sobre el otro, lo cual, hace observar, permite el arrepentimiento y la rectificación. La moralidad se refiere a la totalidad de la vida y sólo desde ella "afecta a cada uno de sus momentos, aspectos e ingredientes". Por consiguiente, "la vida humana es *intrínsecamente moral*, en un sentido mucho más radical y profundo de lo que ha solido pensarse; y ello, sea cualquiera la doctrina o interpretación que de la vida se haga. Se trata de la evidencia misma, de la condición de su funcionamiento, de los requisitos de su posibilidad". La realidad misma de la persona humana es moral, no mis interpretaciones que son siempre secundarias respecto a lo real. Mis interpretaciones, obviamente, son justificadas o no, morales, por tanto, o inmorales. Lo que es inevitable es la moralidad misma de la vida. Esta es la razón por la que, para el judeo-cristiano (judío y cristiano), creado a imagen y semejanza de Dios, la fidelidad al Creador y sus mandamientos constituyen la fidelidad a lo más íntimo y profundo del hombre, la máxima fidelidad a sí mismo. Desde esta perspectiva la libre aceptación de las normas religiosas, sería "la más rigurosa forma de autonomía como liberación de lo que aparte al hombre de sí mismo, de su última y más verdadera reali-

dad". Desde la más rigurosa filosofía del hombre como realidad personal, el pensamiento no sólo desemboca en la verdad de la Revelación, sino que "da cuenta de ella", integra en la vida misma sin confundirlos, razón y revelación, libertad y gracia. También, sin duda, nos permite comprender mejor el sentido de la *imitatio Christi*. Pero "imagen", "imitación" nos indican que somos "parecidos a", no la Realidad misma. Por eso, si anhelamos el Bien, sólo podemos acercarnos a El a través de la realización *de lo mejor*.

Toda esta argumentación puede parecer bien extraña e inactual al "realismo" de nuestra época, que ve en la moral un "ideal" esquemático y empobrecedor –frente a la inagotable variedad de "actitudes creadoras"– en el mejor de los casos; lo usual va siendo la incapacidad de asumir las condiciones más elementales de la vida y, por consiguiente, el rechazo inmediato e histérico de la palabra misma de moral. A veces se la adoba con un sustantivo "orden moral", para hacer referencia a ciertas formas de gobierno no muy morales, pero no es cuestión de pedir demasiada coherencia mental y, sobre todo, buena fe, al militante *comprometido*. "Innumerables personas de nuestro tiempo –precisa Marías– producen la azorante impresión de que son 'ajenas' a toda moralidad. El que esto en rigor sea *imposible* no hace sino agravar la inconsistencia de muchas vidas: nada es más inquietante que el hecho de que lo imposible exista". De esto puede deducirse sin riesgo de errar, que la fantasmagórica existencia de muchos de nuestros contemporáneos "conviene" a algunos poderosos, ya que de lo contrario haría mucho tiempo que todos los medios de comunicación nos estarían ensordeciendo con el anuncio de un inmediato colapso de la humanidad. En todo caso, esas existencias sin peso y a la deriva constituyen un obstáculo formidable a la hora de proponer soluciones para los problemas del mundo actual. En el fondo se trata del ensayo gigantesco de eliminar la razón de la vida, que son consustanciales, como ha teorizado la filosofía en este siglo, "pero que ha funcionado de hecho siempre que la razón sin más se ha aplicado a lo real sin suplantarlo, dejando que muestre su efectiva consistencia". El "hombre-cosa", despersonalizado, sin corazón ni cabeza, tal es el hombre con que sueña el nihilismo contemporáneo, fundamento de todos los totalitarismos.

Esta observación de Marías, sea dicho de paso, me parece muy importante para entender hasta el fondo la pretensión de hacer filosofía que ha movido a unos pocos españoles durante este siglo XX. Han querido volver a considerar la realidad desde su nivel más radical y primario, que es el de la persona y del mundo abiertos ambos al sentido perdurable. Algo, sin duda no "muy moderno", pero sí inteligente y necesario, y que viene a entroncar con los comienzos de nuestra cultura occidental latina, cuya moral dejó grabada San Agustín en la eterna máxima de "ama y haz lo que quieras". Algo que un número cada vez mayor de contemporáneos, consumidos por un narcisismo galopante, son incapaces de comprender.

Felizmente, ni las vigencias más fuertes, ni la anomía cada día más extendida, ni las innumerables vidas inconsistentes agotan la realidad de este mundo. Son muchos más los que, consciente o inconscientemente, siguen encendiendo en su interioridad cada mañana la luz de la razón para continuar haciendo las cosas lo mejor posible –o lo menos mal que saben. Sin esta –¿sigue siendo mayoría?– el mundo habría dejado de funcionar hace tiempo. Marías tiene razón de poner en guardia de no cometer la frivolidad "de decir que nuestra época es particularmente inmoral, más que en otras en las que se dijo lo mismo. No es fácil saberlo –concluye– y ni siquiera es probable". Cierto que a ningún hombre le es dado escrutar el fondo del corazón de los hombres; pero tampoco conviene hacerse ilusiones sobre el mal que corroe al mundo desde siempre, y con alguna intensidad mayor en nuestros días. Ni en el narciso ni en las vigencias actuales hay sitio para la razón, la virtud y, mucho menos, para la cuestión de las ultimidades. El diagnóstico de Marías lo confirma plenamente. Queda, siempre ha quedado, la innumerable muchedumbre que busca orientación y una palabra veraz. Precisamente, son estos hombres de buena voluntad a los que Marías se dirige en prioridad, en este denso y diamantino libro sobre la moral.

El punto de partida en el planteamiento de la moralidad, insiste Marías a lo largo del *Tratado*, tiene que ser la estructura empírica de la vida humana, es decir, "el hombre de carne y hueso con su mundo". La alusión a Unamuno es clara; lo que añade Marías también. Su relación con el gran hombre del 98 es mucho más estrecha de lo que se suele decir, pero aquí solo quiero aludir a ello. Aunque los análisis de los capítulos centrales sobre la estructura empírica aportan al lector interesantes matizaciones respecto a análisis anteriores, lo esencial no cambia, salvo el escorzo desde el cual son considerados: el de la moral, que aparece como la necesidad de justificar las decisiones, de dar razón de lo que se ha elegido hacer y ser. "Una moral que pretenda alcanzar rigor intelectual tiene que establecer el mapa real de cada vida humana que ha de ser entendida. Quizá esto sea el verdadero sentido del Juicio Final, cuya posibilidad plena está reservada a Dios". Lo cual significa que es algo que hay que tomar en cuenta –la dimensión del misterio– a la hora de intentar entender al prójimo.

Es, pues, la realidad misma del hombre, su condición futuriza, proyectiva, su instalación en sí, en su cuerpo y demás dimensiones de la circunstancia, tensa –y en marcha– hacia la meta final a través de innumerables fines parciales, una instalación que debe estar sólidamente apuntalada en sus *fundamentos*, la que empieza por ser intrínsecamente moral. "Vivir es proyectarse desde las instalaciones" (articuladas), lo cual puede hacerse desde los más diversos grados de autenticidad e intensidad. Por otro lado, la articulación de las instalaciones concretas crea una instalación unitaria que es la de la *unidad* de la vida, el fondo de la que parten y emanan las demás, y por eso, eminentemente moral. La moralidad emerge, por tanto, de la instalación de la vida, previamente a los actos realizados. Esto significa que una vida falsamente instalada, por muchos actos aparentemente buenos que realice, será una vida inmoral, falsa.

La instalación vectorial se realiza mediante un haz de trayectorias, orientadas por la vocación o lo que tenga que ser hecho (lo segundo va "nutriendo" la vocación a lo largo del tiempo), hacia la meta que está más allá del tiempo, y es la que da plenitud y sentido perdurable (*consistencia*) a esta vida. La comprensión de cada trayectoria implica al conjunto de las posibles, del que se eligió la realizada. La articulación de todas ellas –las virtuales, posibles, rectificadas, realizadas– constituye el gran río de la vida personal imantado por la mar de las ultimidades. Dios, en efecto, es el último plano de la vida, aquel del que los demás, y la realidad misma de la vida, dependen. A través de los proyectos, de la diversa instalación en las edades, de las relaciones mutuas y de polaridad entre el hombre y la mujer, de los errores y de las rectificaciones, sostenidos por la esperanza de que el mal no prevalecerá a pesar de las desgracias, de miserias, de lo irremediable, el hombre con sus trayectorias va arando y cultivando el mundo para el cual ha sido creado, intentando imitar el Bien mediante la realización de lo mejor. Los dos últimos capítulos de este último libro de Julián Marías son de una rara intensidad, llenos de luz y armonía, de sentido racional, de sabiduría. Cada cual debe meditarlos y tratar de integrar su contenido en su vida, ya que tratan del fundamento y de la finalidad de la vida. Razón, libertad, verdad, responsabilidad, entusiasmo, amor, adoración, todo lo que el hombre actual quiere olvidar, o destruir, viene a formar parte de la moral que se confunde con la esencia de la vida misma. Si ésta es espontaneidad cultivada, si nada es dado gratuitamente al hombre, y tiene que buscarlo e imaginarlo con esfuerzo y constancia, en este mundo de desorientación, ¿cómo ayudarle a orientarla desde una sólida instalación en la verdad sin una compleja preparación desde la infancia al sentimiento pulcho, a una sensibilidad depurada, a una inteligencia fina, a las virtudes que desarrollan la capacidad de donación de sí, en una palabra al *amor* del mundo, del prójimo, de sí y, naturalmente, de Dios de quien toda caridad personal depende? ¿Se puede realizar "el ejercicio más radical de la libertad, inexorablemente unida a la verdad, la recuperación de sí mismo, la vuelta a la autenticidad" sin una exigente *educación*? ¿No constituye ésta la mejor propedeútica a la instalación en la verdad de la vida, la posibilidad *social* de la moral personal? No es esta la menor consecuencia que se puede sacar de este libro sobre la moral de Julián Marías que completa, ahonda y matiza el pensamiento denso y fecundo de este maestro de la filosofía española.

Pero no quisiera acabar esta esquemática recensión de un libro de contenido tan rico, sin decir una palabra acerca del último capítulo, "La imagen de Dios", a causa de su significado realmente transcendente. Subraya en él Marías la diferencia del acto Creador ya se trate de cosas –"hágase"– o del hombre –"hagamos el hombre a nuestra imagen y semejanza"–. Y comenta: "Ya el plural es interesante, y se ha pensado que puede haber en él una referencia a la Trinidad; pero lo más revelador es que en lugar de un 'hágase' o 'sea' instantáneo, el texto del Génesis emplea una expresión que indica algo continuado, no concluso, lo que podríamos llamar una *empresa*". Dios habría creado al hombre a su imagen para hacerle participar, en un acto de amor insondable.

en el proyecto de su Providencia infinita, en el drama divino de la Creación. Lo cual viene a ponernos sobre la pista que el *amor*, "esa realidad tan extraña y sobre la que no se ha pensado lo suficiente", es, no sólo el fundamento de toda la realidad, sino la expresión más honda y radical de la *razón*. Religiosamente, esto era bien sabido, ya que la figura de Cristo es Verbo y Caridad, Razón y Amor infinitos. El análisis de la persona humana que se imbrica tan bien con la *imago Dei*, lleva a la filosofía a una conclusión similar. ¿No desemboca este libro de estricto pensamiento filosófico en lo que Ortega llamaba, en uno de sus capítulos de *El Espectador*, una "pleamar filosófica?"